



Problemática de los cetáceos en Costa Rica

DAMIÁN MARTÍNEZ

Costa Rica, país reconocido como poseedor de cerca del cinco por ciento de la biodiversidad del mundo en tan solo 51.000 km², cuenta además con alrededor del 35 por ciento de la diversidad mundial en cetáceos (ballenas y delfines), pero debido a las políticas locales de conservación, que han estado “de espaldas al mar”, esta realidad parece ser irrelevante. Pero, aun así, los inconvenientes de los cetáceos en nuestro país parecen diminutos en relación con los de otras latitudes: hasta hoy no se ha evidenciado que sean objeto de explotación comercial ni científica, no ha habido colisiones con botes, no ha habido pesca incidental (*bycatch*), tampoco capturas de animales vivos para cautiverio, ni efectos negativos acústicos por pruebas militares ni migraciones por degradación de hábitat. Pero con los pocos trabajos de investigación que se han realizado en los últimos 10 años, se podría especular que los cetáceos poseen problemas por contaminación y turismo y, más certeramente, por enfermedad (encallamientos) y por interacción con la pesca atún.

Acerca del impacto de la contaminación sobre los cetáceos en Costa Rica, es posible hacer algunas aseveraciones –por inferencia- a partir de investigaciones hechas en otras latitudes. La cantidad de desechos que sale a nuestros mares desde las costas es enorme; ríos como el Grande de Tárcoles incorporan cantidades considerables de desechos sólidos al golfo de Nicoya, degradando el hábitat y afectando directamente a especies como tortugas y delfines. Son comunes las tortugas atrapadas en sacos en alta mar y la presencia de bolsas plásticas en los estómagos de muchos animales. Contaminación química generada por plantaciones bananeras, de palma e industrias de cemento, por ejemplo, podría estar interfiriendo en los sistemas hormonales e inmunológicos de los animales; en altas concentraciones algunos compuestos llegados al océano por vía fluvial se han asociado con anomalías reproductivas. Estos problemas sobre especies longevas y de reproducción tardía con el tiempo suelen ser letales.

Otro de los posibles perjuicios para los cetáceos residiría en el turismo de avistamiento de ellos, que se ha convertido en una fuente importante de trabajo en más de 500 comunidades en el mundo. En los últimos 10 años el país ha experimentado un incremento de la actividad turística en las costas, destacándose algunas zonas como Uvita, Drake y Playas del Coco, que se han visto beneficiadas por el turismo de avistamiento de ballenas jorobadas (*Megaptera novangliae*) y de delfines manchados (*Stenella attenuata*). El turismo afecta cuando interfiere en el comportamiento y la comunicación de los cetáceos, que, al ser animales acústicos, pueden verse perjudicados por contaminación sónica marina. Sería el exceso de botes, motores en mal estado y formas inconvenientes de conducirlos lo que aumentaría la contaminación sónica. También el nado, la alimentación y la persecución de grupos de animales suelen ser nocivos para las poblaciones.

A nivel mundial se ha evaluado ya mucho los efectos negativos a corto plazo, pero poco se sabe del largo plazo, por lo que es obligatoria la precaución en el manejo. Como un gran paso adelante, en el país existen propuestas legales y de investigación tendientes a disminuir el efecto acústico sobre los cetáceos. Además, muchos tour-operadores responsables y comprometidos con la conservación marina acatan las leyes, pero queda trabajo por hacer (véase en esta misma edición el artículo “Ruido antropogénico: nuevo reto para cetáceos”).

Respecto de los dos problemas recién expuestos hay graves sospechas de que están ocurriendo, pero hay falta de evidencia empírica sistematizada; mas respecto de otros dos que adelante se reseñan hay ya bastante información sistematizada para dar fe de su ocurrencia.

Desde los años setenta se ha insistido en que la pesca de atún en el Pacífico Tropical Oriental deviene un problema para los delfines cuando los lances de pesca se hacen sobre grupos de ellos (principalmente los *Stenella attenuata* y *Stenella longirostris*) y no sobre basura o por observación directa de los cardúmenes de atún. Resultan mejores los lances que se dan sobre delfines, ya que la interacción biológica que ellos tienen con los atunes es muy evidente en alta mar, haciéndose más efectiva la pesca.

Luego de que las poblaciones disminuyeron notoriamente y de que más de 140.000 delfines fueron aniquilados por año, las políticas de conservación en Estados Unidos colaboraron a resolver el problema. Según la Comisión Interamericana del Atún Tropical, en 2004 las muertes de delfines se redujeron a 1.500 individuos, pero estudios científicos de la NOAA han demostrado que las poblaciones, si bien no disminuyen, no parecen recuperarse. Costa Rica no posee flota atunera pero sí tiene la segunda mejor área de pesca después de México, lo que permite una cosecha bastante atractiva. Las licencias se otorgan a otros países. Por ejemplo, en 2002 se vendió 24 licencias y se

descargó más de 20.000 toneladas. Si no somos capaces de velar por nuestros delfines en tierra, ¿qué pasará mar adentro? A lo que hay que añadir la pesca “pirata”, que el país es incapaz de estimar.

El último problema de conservación, y quizá el más común en las costas, es el de los encallamientos, que acaso respecto de los cetáceos sea el que más preguntas genera. En sí, los encallamientos no son una enfermedad como tal sino más bien el resultado de algún problema como, por ejemplo, pulmonía o meningitis; también se dan por desorientación, muerte o hasta por cohesión social. En Costa Rica, son muchos los encallamientos que ocurren durante el año, pero son pocos los que reciben seguimiento de la prensa.

Debido al poco interés que los gobiernos han mostrado en los recursos marinos, muchas comunidades costeras siguen sin saber por qué los animales encallan y, mucho menos, sobre qué hacer en tales casos. Una población desinformada o desinteresada es quizás el peor escenario para el encallamiento de un delfín. Por esto muchos encallamientos terminan en fatalidad. Actualmente se realiza capacitaciones para emergencias de encallamientos e, incluso, hay estudios veterinarios en marcha sobre las patologías asociadas a los encallamientos (véase, en esta edición, el artículo “Encallamientos de cetáceos en Costa Rica”).

A pesar de todo esto debemos ser positivos, Costa Rica no tiene problemas serios de conservación de cetáceos. Mucho del trabajo que se debe realizar está en las costas y en el Valle Central. Es necesario informar a la sociedad de los problemas y las soluciones. Si a las personas no se les informa, y no conocen, nunca se van a interesar. Podemos ser el ejemplo a nivel mundial sobre conservación marina; ya muchos hoteles, guías, capitanes y hasta doctores, arquitectos, profesores y estudiantes se han interesado en el tema. Los costarricenses crecientes que realizan turismo en nuestras costas ya conocen la realidad costera y saben el nivel de dependencia de las comunidades respecto del turismo. Son esos costarricenses los que pueden hacer la diferencia, ayudando a la conservación y a cientos de delfines y ballenas en Costa Rica.



Salto, bahía Drake

Damián Martínez

